

héroes, aquel hidalguillo de Guipúzcoa! El paje criado entre las esencias y aromas de los palacios árabes, recientemente rendidos entonces á su monarca y señor, que ha cantado en la guzla romances amorosos al son de los surtidores sobre las albercas y que ha visto en los ojos de las cristianas asestados tras las celosías del Generalife los ojos de las huríes edénicas, todo él consagrado al combate y al amor, conviértese por súbitas revelaciones de sus dolores materiales en penitente, y arbitra el defender con sus flacos brazos y sustentar sobre sus encorvadas espaldas la cúpula de San Pedro herida por la tonante voz del protestantismo religioso. Para ver un cambio brusco y trascendental, comprensible apenas en la existencia de un solo individuo, no hay sino mirar aquel capitán de tercios, valerosísimo, arrojado, con su arcabuz al ojo, su cartucho al cinto, su descargar certero, y compararlo con el penitente cuasi desnudo, macerado, afligido, el cual mas bien se arrastra que anda; flaco de fuerzas, pálido de semblante, turbio de mirada, envuelto en una especie de sudario y adherido á los altares como el molusco á la roca y el vegetal parietario á la pared, deshaciéndose todo él en lágrimas y en plegarias. Comparad luego el peregrino, que va, caballero en su asno, desde su solar á Montserrat, y se desciñe de toda vestidura, y se atiene como las alimañas del campo al alimento que pueda la Providencia procurarle, y emigra con los mismos medios que las aves viajeras, y pasa entre los campos de matanza cual pudiera pasar un cuervo, y va desde Barcelona á Jerusalem cual pudiera ir una golondrina; y que sin armas, sin letras, sin resorte alguno del humano poder, con su tenacidad tan solo, se lanza en el río tumultuoso de las nuevas ideas para torcer su curso; y se interpone audaz en el camino de las irrupciones protestantes para contrastar su empuje; y manda, extraídos de su primer apostolado, legisladores al Concilio de Trento, misioneros á las empresas en Indias; y hace del Pontificado helénico, que despertara la antigüedad y diera el viejo vino de la idea pagana en sus fiestas artísticas al hombre, un Pontificado reaccionario, que contra todos los progresos humanos se conjura; y atiza las guerras religiosas en Francia, Holanda, Flandes, Alemania, Suiza, incendiando al orbe todo con el fuego que devoraba su propio espíritu; y modela un pueblo ya secular como Portugal á su propia semejanza é imagen; y funda una sociedad completa, nueva, suya, en las selvas del Paraguay á

las orillas de inexplorados ríos; y entra en el corazón de la China para decir algo, así del dogma cristiano como del mundo europeo, á la inmovilidad oriental; y lucha con la razón libre, con la conciencia emancipada, con las nuevas sociedades redimidas, pero empleando tal esfuerzo, que de haber sido posible remontar el curso de las grandes ideas, y volver el espíritu humano transfigurado hácia los ideales de la Edad media, consiguiérase él y parara el movimiento universal en las esferas sociales con el poder incontrastable de su voluntad y de su pensamiento.

Indudablemente, las órdenes monásticas han ejercido en el mundo europeo decisiva influencia; pero ninguna tanto, ni en tal grado, como la extraña orden ideada por San Ignacio. Cuando aparecieron los monjes de Occidente sobre la cuna del mundo moderno y la tumba del mundo antiguo, hallábase apercebido el espíritu á recibirlos, y en conjunción completa la sociedad entera con aquellas instituciones que servían como de refugio y de seguro á las ideas y á las inteligencias espantadas por los estruendos de la guerra, y á los débiles y á los humildes sometidos bajo el abrumador imperio de la fuerza. Eran, pues, las órdenes monásticas institutos en armonía con el curso de los pensamientos generales y con la dirección del humano espíritu. Las sectas neo-pitagóricas y neo-platónicas, especie de Iglesias misteriosas, surgidas en el seno de la civilización clásica; las asociaciones de los esenios y los ebionitas, formadas con facilidad en los desiertos y poderosas moralmente sobre la conciencia de Jerusalem; los cenobitas aquellos, arrodillados por los alrededores de las Pirámides en oración y aparecidos como evocaciones de otro mundo en las ciudades predicando ideas nuevas y moviendo los espíritus á la penitencia exigida por una edad como la edad apostólica en que penetrara el mesianismo judío hasta en las almas de los pueblos paganos; toda esta serie y conjunto de concausas explican el predominio de los monjes, encabezados y dirigidos durante ciertos períodos por hombres tales como San Benito, á cuya cabeza parecía, en aquel instante, haberse subido, y en cuyo ánimo haberse condensado, los instintos salvadores de la humanidad para oponer las fuerzas morales del espíritu á las fuerzas materiales de la conquista en el desquiciamiento de cosa tan grande como el antiguo mundo y en la catástrofe de irrupción tan terrible como la venida y asiento de los

bárbaros. Se necesitó que llegara el universal desquicio hasta la misma tierra para que los monjes tuviesen tanta influencia. Mas, en tiempo de San Ignacio, el mundo no estaba preparado á recibir y aceptar las órdenes religiosas. El espíritu civil y laico, traído por los esfuerzos de las grandes monarquías, penetraba ya en los Estados recién establecidos. La política iba predominando sobre las intuiciones y la inspiración de otros tiempos. La fe se veía quebrantada por el sacudimiento religioso. De aquí aquel carácter medio monástico y medio secular de la extraña orden; aquel espíritu político rayano en el maquiavelismo; aquel apego á las cortes de los monarcas absolutos que comenzaban á predominar sobre las Asambleas y los municipios de la Edad media. Pero lo admirable á la verdad en Ignacio es el intento de fundar una orden religiosa en edad bien poco propicia para ello, y el arte, con que acomoda este nuevo instituto monástico á las propensiones naturales de la sociedad en aquel período de revolución religiosa.

Cuatro grandes órdenes llenan la historia de la Edad media. Es la primera la orden de San Benito: es la segunda la orden de Cluny; es la tercera la orden de los templarios; es la cuarta la orden de los franciscanos. En comparación de tales institutos no tienen importancia ninguna, ni los mismos dominicos, á pesar de ser los fundadores de la teología y de la Inquisición; mucho menos la tienen los agustinos, los cartujos, los camandulos, y tantos y tantos otros, como representaron la vida monástica en la Edad media. Pues ninguna de tamañas órdenes llegó en trascendencia espiritual y en poder político á donde llegara la orden de los jesuitas, la cual, con motivo de los viajes lusitanos á las Indias orientales y de los descubrimientos españoles en las Indias occidentales; por su influjo en Portugal y España, sospesó algunos días como en el hueco de su mano toda la pesadumbre del planeta. Solo que la orden de los jesuitas representa la reacción universal; y de aquí el coro de maldiciones con que ha pasado á la historia. Los benedictinos realizan un trabajo progresivo y cumplen un grande ministerio social. En medio del diluvio de las irrupciones levantan ellos el refugio y el seguro, donde han de salvarse los gérmenes de la cultura europea; en medio de los horrores de la guerra cruel y devastadora rehabilitan ellos el trabajo fecundo y creador. En sus claustros los pergaminos de las viejas obras se guardan cuanto es

posible contra los desacatos y asechanzas de la ignorancia universal; en sus celdas se congregan maestros y discípulos para comunicarse las ideas, especie de apagadas pavesas que alumbran el espesor de aquella noche horrorosa; en sus manos está, con la postrer antorcha de la ciencia clásica, el azadon y el arado que abre los surcos de la tierra caída en completa esterilidad y recomienza una nueva creación, cuando parecía que iba el Universo entero á desquiciarse. Hé ahí la importancia de la orden de San Benito, la cual ha conservado los restos del antiguo saber y ha traído los comienzos del nuevo trabajo.

Y no es menor la importancia y trascendencia de la orden de Cluny. Ella organizó el Pontificado en la Edad media, sin cuya organización jamás hubiera existido la unidad material y moral, indispensable á los modernos tiempos. Ella realizó aquel sueño de los platónicos y de los estóicos, aspirantes al reinado práctico de la idea y de la inteligencia en el mundo. Ella fundó y disciplinó, en el siglo undécimo, la gran teocracia que debía educar al mundo europeo, y oponer á la fuerza del feudalismo la idea del dogma. Ella, estableciendo con tanto esfuerzo y empuje aquel principio del celibato eclesiástico, impidió que retrocediéramos al Asia y que cayéramos en el régimen absurdo y aborrecible de las castas. Ella nutrió en su seno al gran Gregorio VII. Merced á su poderoso influjo la liturgia romana, se difundió entonces por todas las naciones; y al difundirse la liturgia romana se organizó la unidad espiritual, que debía servir de norma y ejemplo á otras unidades superiores, indispensables al movimiento y progreso de la civilización universal. En la orden de Cluny se guardan los gérmenes de aquella dirección espiritual, sin la que hubiera Europa quedado sometida tristemente á todas las brutalidades caprichosas de la violencia y de la fuerza. Hoy nosotros, necesitados de llevar el principio de la variedad por medio de la independencia y autonomía de las naciones al seno de aquella unidad absorbente del Pontificado, no podemos comprender todas las ventajas traídas por los monjes de Cluny á un mundo recién salido de las irrupciones bárbaras, dominado por el despotismo de la fuerza, puesto como una presa de caza en las uñas del águila feudal, y que hubiera indudablemente retrocedido al régimen de Asia y restaurado las protervas castas, si la separación del poder temporal y del poder espiritual